



¡El maldito teléfono!

Ernesto Solari era, porque ya no lo es, por una cosa la más peregrina, un hombre feliz. Gozaba de esa tranquila paz que envían los sobresaltados, los inquietos, los apasionados, quizás los espíritus superiores ávidos e intranquillos, incapaces por eso mismo de amoldarse a lo que ellos desdichan llamando vida vulgar, vida burguesa, insignificante y boña.

Se trata de todo un buen muchacho cumplidor, perseverante, de esos que no se agotan en vanos sueños y que aspiran a vivir en la esfera modesta que el destino les ha señalado. De esos que simplifican el problema hasta reducirlo a términos sencillísimos: Tener un empleo en una casa buena, señalarse por su diligencia, conseguir que no le olviden en las mejoras de fin de año, atravesarse las simpatías del gerente o de los dueños y dejar que la máquina funcione y que los acontecimientos le conduzcan a su fin, que es mejorar. Y generalmente triunfan... Pero esta menuda filosofía no hace al caso.

Dírás que Ernesto iba por ese camino. ¡Quién sabe si el suceso que relataré, así como le trastornó la paz del hogar, no le cortó, también, su carrera de futuro gerente! ¡Ojalá no aconteza semejante desgracia!

Porque es un modelo de empleado y un modelo de marido. Además un amigo excelente, capaz de dar un buen consejo en cualquier trance apurado.

Dos años antes, gracias a su competencia—escribía hasta 120 palabras por minuto a máquina y su taquigrafía ahorraba una suma respetable en tiempo al gerente—el ayudante pasó a jefe de la correspondencia de "la compañía", con un sueldo suficiente para satisfacer su vanidad.

Esa misma noche, después de la cena, que fué una pequeña fiesta en familia, visitó a los Gutiérrez, cuya hija, Clara, colmaba muy bien sus aspiraciones en el orden sentimental.

La noticia produjo todo el efecto favorable deseado por Ernesto. La madre vió el candidato insustituible para su hija, en aquel muchacho empleado en "la compañía". El padre se dignó disertar sobre las combinaciones de las grandes empresas y las perspectivas que ofrecía la plaza, lo que constitúa el mejor indicio de sus buenas disposiciones para con Solari. Hubo el siguiente drama consiguiente porque la chica, enredada

en amores con un estudiantito que no tenía donde "caerse muerto" y que alternaba los arranques pasionales más explosivos y los celos agudos con los deseos más secos, no quería ni oír hablar siquiera "de ese tipo cuya única calidad es la de hacer méritos."

Pero la madre, pelliza de aquí, sermonea de allá en combinación tal vez con alguna trastada gorda del estudiante, arreglaron las cosas de tal modo que a los pocos meses se realizó el matrimonio de Clara y Ernesto. Ella había ganado, ya en salid lo que perdiera de nerviosidad y apasionamiento durante el tranquilo noviazgo, y él realizaba, fundando un hogar, la especabilidad que requerían sus funciones de hombre de confianza en "la compañía".

Lo del estudiante quedó oculto allá en el rincón de los recuerdos de la muchacha, mas como un sueño que realidad de pasión casi volcánica, a cuyo influjo se tornara en suspicaz y celosa y de caprichoso carácter, ya se supone.

Porque ello le complaciera o por hábito adquirido, el caso fué que Clara conservó de sus primeros amores ciertas exterioridades, e impuso a Ernesto, sin motivo, las mismas condiciones que pensara imponer, con sobrada razón, al estudiante. Vigilaba los minutos anticipados a la hora de salida, haciale observar estrechamente la del regreso, revisábale los bolsillos y a la noche hacia el balance del dinero que llevara al salir por la mañana.

Bien se comprende que no caía en la minucia de reclamar un saldo, en contra, de unos cuantos céntimos—pocas faltas graves se pueden cometer con tan escasos medios—y pagaba la sumisión de su marido dejándose abrazar tiernamente y besar, echando la cabeza hacia atrás y entornando los ojos, como en el teatro. Esta manifestación de celosa ternura halagaba a Ernesto, aunque al principio lo sorprendiera un poco haber despertado tamaña pasión, pero como en el resto de la intimidad todo se hallaba reglamentado como el libro de correspondales y ningún arranque explosivo subvertía el orden que tanto le agradaba, marchaban a las mil maravillas.

—Cualquiera diría que fuí un Don Juan, Clara. Y vos sabés que nunca...

—¡Oh! ¡Todos los hombres son iguales!

—Te equivocás. En eso siempre he sido muy escrupuloso.

—¡Hum! ¡Quién sabe!

—Y te haré una confesión...

—¡Has visto?

—No te alarmes. Es una pavada. Ni siquiera me acordé de contártelo. Una vez, al salir de la oficina, no sé qué le dije a una modista y me contestó riéndose con las otras: ¡Zonzo! Me dió rabia la contestación estúpida, me encapriché y la seguí. En el tranvía le mandé el boleto con el mayoral. Cuando bajó me acerqué y me dijo que había aceptado el boleto por no avergonzarme... Durante un tiempo la acompañé, después, hasta su casa, allá por la loma del diablo y por calles oscuras, casi todas las noches. Cuando la conocí bien, me convencí de que era una buena muchacha y pensé en el remordimiento que me causaría hacerla desgraciada y no volví a verla... En cambio, si hubiese sido Carlos...

Clara se quedó pensativa.

Ernesto se complacía en acentuar estas diferencias entre él y Carlos, llevado del convencimiento de que así desvanecía cualquiera duda que pudiese haber surgido en la mente de su mujer, en el momento de la decisión.

Carlos, el estudiante de inarras, era un enbeza a pájaros, indisciplinado, que tan pronto sacaba diez en los exámenes como obtenía un cero o perdía el año. Amigo de diversiones y de farras escandalosas y con una suerte loca con las mujeres, se le achacaban cincuenta desaguisados, algunos cabales, como el abandono de cierta muchacha a la que hiciera "desgraciada para toda la vida".

—¡Carlos, sí, Carlos!—pensaba Clara.—¡Cuántos disgustos te había dado el canalla aquél! Siempre que se acordaba de él le anteponia un epíteto así. Canalla, sinvergüenza, bribón...

—¡Y cómo lo había querido al indigno! Y eso que entonces no tuvo ni un minuto de tranquilidad. Pero reconocía que con Carlos aprendió a querer y quizás debiera agradecerle su dicha actual. Porque no habría saboreado la dulce tibia de su vida con Ernesto, sin las zozobras de su noviazgo con Carlos. ¡Arrebato! Pero ay el infierno en que se abrasaría, en cambio! Sin duda eligió muy bien y se debía confessar que cada vez se encariñaba más con su marido. ¡Bien olvidado estaba el otro!

Su imaginación, aguzada en los sobresaltos de aquel tiempo pasado, suplía en lo demás.

Novelaba de continuo. Agradábale pensar—aunque hasta por los besos de Ernesto comprendía que no era